



EL PRONÓSTICO CONSTITUCIONAL.

El que trate negocios de futuro,
con un *Dios sobre todo*, va seguro.

Aunque yo no fuese, como es natural serlo, el amante de lo mejor, y ántes bien me dirijiera por unas ideas extraordinarias, en todos los negocios respectivos á la humana conveniencia, forzosamente habia de confesarme ahora sobre manera adicto, y aun apasionado á la admirable Constitucion de la monarquía española: en primer lugar por haberla adaptado, declarado por benéfica á la nacion, y jurado nuestro amadisimo monarca el Sr. D. Fernando VII; y en segundo, á causa de observar la generalidad con que se ha aplaudido en esta capital, y en las provincias de que tenemos noticia, el soberano código, bajo los elogiadores justos adjetivos de sacrosanto, sagrado, y divino: sintiendo, sin duda (como lo siento yo, aunque no lo soy) los sabios, y elocuentes escritores al intento, ó no encontrar en nuestro dialecto, tan abundante de voces, otras con que explicar la sublimidad de esta grandiosa obra; ó por otra parte, que la significacion de las que se han aplicado no se extienda á mayores manifestaciones todavia de la grandeza, heroicidad, y magestuoso mérito de este respetable cuerpo de la mas recta, é invulnerable legislacion.

¡Hombres inmortales, aquellos que lo habeis dictado, sin que para practicarlo os embarazara el asombroso ruido del cañon enemigo, ni distrajera de vuestra fatigosa dedicacion el inminente peligro, con que en cua-

Enviado por L. A. en 30 Noviembre 1892

218.
lesquiera lugares amenazaba vuestra libertad, y vida el horrible furor del tirano asolador de la Europa! ¿Por qué no es dado á vuestra sabiduría, y celo patriótico, immortalizarse en su física existencia, y multiplicarse, ademas, para la puntual, y exacta ejecucion de lo mismo que ordanasteis, y mandasteis en esas acertadas instituciones? Entónces sí que lograríamos el incomparable placer de observar complétamente cumplidos los efectos de vuestras fatigas, y sudores; y la nacion toda, los beneficios que la habeis preparado, con la inexplicable dicha de que su monarca, como el mejor de los que señorean el universo, haya sancionado, entre las mayores efusiones de su paternal amor, sin exclusion alguna, cuantos sabios, y justificados artículos se contienen en ese divino mandamiento, que no parece sino que está pronunciado inmediatamente por los mismos ángeles. Pero no siendo estos, ó al ménos vosotros, Padres de la patria, que lo produjisteis, quienes han de poner en práctica las rectísimas reglas que se incluyen en la soberana pauta; pregunto: ¿seremos tan dichosos, que colectemos, lejos de la inobservancia, ó distantes de la decadencia, los ópimos frutos de tan sazónada sementera?

DIOS SOBRE TODO.

Cuantas reglas se decretaron por las Córtes generales extraordinarias, para la formacion del expresado maravilloso código, son, por supuesto, sencillas, y absolutamente practicables: como que para resolverse, intervinieron las escogidísimas circunstancias de meditacion, celo, y sabiduría, que condujesen á aquellos señores diputados, al mas laudable acierto de sus heroicas ideas. Pero como para la ejecucion del saludable proyecto, compuesto de tanta diversidad de negocios, distintos entre sí, los cuales deben manejarse por un numerosísimo concurso de

gefes, magistrados, y subalternos, se haga necesaria la calidad de que ellos todos (ya nos contentaríamos con la mayor parte) se hallen asistidos de las precisas circunstancias de aptitud, integridad, exigencia, y amor á la patria, las cuales se semejen á lo ménos, y en cierto modo convengan con las justificadas miras de dichos dictadores: de ahí es que debemos recelar prudentísimamente la desgracia de que dejen de adquirirse, no digo yo en toda su extension, pero ni aun en una parte considerable, los ventajosos efectos á que conspira la augusta carta, y en que está consentida la nacion española, casi generalmente: porque la parece que los tribunales supremos, los gefes políticos, los ayuntamientos, las juntas provinciales, los jueces ordinarios, y en fin, todas las corporaciones, y todos los ciudadanos, contribuirán con su peñicia unos, y con sus virtudes unos y otros, á la consumacion de tan grande obra, sin incurrir en los destructores vicios, que escuso detallar, porque bien se sabe cuales son las causas de las inecritudes, bastantes á deslucir nuestra sabia Constitucion. dejándola ilusoria, acaso en lo mas principal de sus celestiales intenciones, á pesar de que unas Cortes generales, un Consejo de Estado, un Tribunal de Justicia, y en estas provincias un Virey tan circunstanciado, velen incesantemente sobre la exacta observancia de los estatutos, que se prescriben en la memorable suprema carta, y de lo prevenido en los varios soberanos decretos, que en virtud de ella notamos expedidos, para la verificacion de sus regladas ideas. La divina providencia quiera, que el curso de los tiempos sucesivos sea mas propicio á ellas, que lo han sido los principios del nuevo sistema de gobierno: pues á la verdad, que los pocos pasos que hasta aquí ha permitido, para su práctica, la corta época de su pretendido establecimiento, á pesar de la respetable, y prolija diligencia de nuestro Exmô. Gefe, que solo podrán ne-

gar los díscolos y maldicientes, los hemos notado bastante vacilantes, y no poco desviados, en distintos esenciales artículos, de aquella sutil y bien acabada teoría del portentoso plan, encomendado á los propios individuos, á cuyo beneficio fué instituida la grande obra, que debe haber admirado, y estará obligada á elogiar la Europa toda. Y á la consumacion de este plausible motivo de nuestras futuras conveniencias, ¿coadyuvaremos todos los que somos interesados en ellas, con aquella honradez, integridad, celo, y eficacia que exige el perfecto cumplimiento del proyectado plan?

DIOS SOBRE TODO.

Echemos una ligera ojeada sobre los procedimientos que hasta ahora se nos han hecho notorios, y observese si las justas, y regladas medidas dictadas por este superior gobierno, para dar principio á tan vasta empresa con total arreglo á los enunciados soberanos decretos, han surtido, entre la muchedumbre, los deseados frutos que demandan la autoridad conferida á la nacion: las utilidades que, bajo unos caminos rectos, debiera prometerse el público inocente en la mayor parte de sus individuos, y la satisfaccion de ver este mismo público bien administrada la justicia en defensa de sus respectivos derechos; rectamente premiados los verdaderos méritos de sus ciudadanos; exoneráblemente castigados los delitos, en obsequio de la vindicta pública; y por último, constituido todo el gobierno en un orden, cual es indispensablemente necesario, para que se sostenga el hermoso edificio que delinearon las Cortes generales extraordinarias, en ese suntuoso plan de la Constitucion de la Monarquía Española. ¿Y podrán atarse todos los cabos que han de formar y afianzar el nudo de este inapreciable negocio, siendo así que irremediáblemente

511.
aquellos cabos han de confiarse á una infinidad de manos, si unas robustas, ágiles, y celosas, otras débiles, indolentes, y aun impuras, indignas por tanto, no digo de manejar, pero ni aun de tocar por encima, ó superficialmente, las cuerdas establecedoras del indicado precioso nudo, que debe afirmar, para siempre, la felicidad nuestra?

DIOS SOBRE TODO.

Sería proceder casi en infinito, si se quisiesen individualizar todos los apuntados cabos, dignos de manejarse por la fidelidad, desinterés y empeño que demanda la naturaleza de ellos: y pues que un papel de esta clase no permite aquella necesaria difusión, contentémonos con tocar, y eso muy á la ligera, el punto á que voy á referirme, contemplándole como uno de los mas cardinales, y primitivos de la presente época.

Las elecciones en general. Las elecciones que son de la precisa incumbencia de la soberanía, esto es, del pueblo todo, en quien reside ella; ¿podremos creer que se han practicado, ni practicarán jamas, al ménos en esta América, con aquella libertad y voluntad espontánea, que apetece, y recomienda la sabia Constitución; y que para su cumplimiento ha apetecido, y recomendado el Exm^o. Gefe, que tan justificadamente gobierna este vasto hemisferio? Yo no lo sé; pero lo que sí puedo asegurar es, que quince dias ántes de la verificación de las elecciones respectivas al ayuntamiento de esta capital, no habia oficina, mostrador, corrillo, ni casa particular en donde no anduviera de manifiesto la lista de los sujetos, en quienes habian de recaer los empleos de alcaldes, rejidores, y demas, con cortísima diferencia (si hubo alguna) del efecto de las llamadas populares votaciones. Conque ¿qué se deduce

de aquí? No otra cosa, que el que una gavilla de entrometidos, fateresados, y propensos á gobernar por sí los asuntos públicos, sabian ya de antemano (sin poseer el númen profético) los individuos predilectos ante la opinión del pueblo, para el nombramiento de los senadores que habian de gobernarlo. ¿Y esto cómo? Constando con la prepotencia, con la seducción, y con el soborno. ¿Y así se deja al pueblo que haga uso de la espontanea voluntad en que las Córtes generales quisieron situarlo, por el referido soberano estatuto?

Supongo que los sujetos todos que han obtenido la eleccion de las que acaban de practicarse en Méjico para diversos objetos, son del caracter mas á propósito para el comun beneficio: pero estas venturosas resultas experimentadas v. g. una vez ¿subsanan aquellos viciosos principios, ni precaven los daños que pueden seguirse en iguales ocasiones sucesivas, supuesto el caso de que las elecciones hayan de practicarse, no á contento, y bajo la libre voluntad del pueblo, sino á discrecion de una cuadrilla de facciosos, que prevalida de su preponderancia, alquile, digámoslo así, al precio de un real cada una de las votaciones á toda su satisfaccion, y en obsequio de sus miras é intereses? Llega á tanto este desorden, que hasta se critica al respetable gremio de confesores, que algunos deseosos de elejir, ó ser elegidos para diputados de Córtes, en aquel santo tribunal de la penitencia, inspiran á los que llegan á sus pies el modo de conducirse en tan delicada diligencia.

Si en la corte, á vista de un gobierno tan justificado, como el que reconocemos, se manejan, con el referido descaro los negociantes en toda clase de intrigas, para conseguir sus ideas, acaso bien injustas; ¿qué podemos prometernos de los parages foráneos, ya sean, próximos, ó remotos á la capital?

Por fin en ella, á pesar de los explicados sinies-

fros procedimientos, parece que las elecciones para empleos municipales y demas practicadas hasta aquí, han recaído en individuos, á lo ménos virtuosos, que es la calidad mas adecuada para reijir, gobernar, y hacer feliz á un pueblo. Pero ¿qué diremos entre la observacion de que en cierta villa, harto inmediata á esta corte, no solo se ha manejado este importante negocio á merced del poder, de la seduccion, y del soborno, é interviniendo las mas patentes nulidades, sino que uno de los empleos de su ayuntamiento fué obtenido por un criminal, con causa, ó causas pendientes, en su razon, ante el superior gobierno, sin que el justo reclamo, dirigido á la intendencia sobre la materia, haya obrado efectos algunos?

Diráseme que todas estas explicadas nulidades, jamas, por jamas será facil evitarlas, porque siempre el mundo ha de ser uno; porque siempre ha de haber poderosos, que manejen á los necesitados á todo su placer; siempre intrigantes; siempre entremetidos; siempre malvados, que introduzcan el desórden, y autoricen la injusticia. Pero yo respondo, que algunos pocos ejemplares del merecido castigo, contendrian tamaños excesos, á lo ménos en mucha parte; y en mucha parte tambien veriamos cumplidos los saludables objetos de nuestra Constitucion política. Mas el dolor es, que á pesar de todo, tendremos que conformarnos con aquel chistoso pronóstico, que asienta el insigne Quevedo, en la conversacion que tuvo en el infierno con Pedro Grullo, que dice:

Muchas cosas nos dejaron
las antiguas profecías:
Dijeron que en nuestros dias,
será lo que Dios quisiere.

No anduvo muy poético su merced el profeta

en la tal copla, pero bien puede perdonarsele por la prosa, en que prosigue asi:

„Pues bribones, adormecidos en maldad, infames, si esta profecia se cumpliera, habia mas que desear? Lo que Dios quiere fuera siempre lo justo, lo bueno, lo santo; no fuera lo que quiere el diablo, el dinero y la codicia: hoy lo ménos es lo que Dios quiere, y lo mas lo que queremos nosotros, contra su ley: y ahora el dinero es todos los quererés, porque él es querido, y el que quiere, y no se hace sino lo que él quiere, y el dinero es el Narciso que se quiere á sí mismo, y no tiene amor sino á sí.”

Y en efecto, en las elecciones del pueblo tendrá el dinero casi todo el influjo, ya distribuyéndolo á un real por voto, como se indicó, y ya dejándose él mismo adorar en las sagradas aras de sus tenedores, quienes á pesar de lo que quiera Dios, y apetece por inspiracion suya el superior gobierno, siempre serán aplaudidos y respetados por todos los hombres del alto y bajo pueblo, apreciándolos, elogiándolos, conduciéndolos en triunfo, y poniendo en ellos toda su confianza, sin mas prueba, muchas, ó las mas veces, que las ofrecidas por su acaudalada opinion. Plegue al cielo que los interesantes nombramientos de diputados en Cortes, se practiquen á merced de unos verdaderos justos conocimientos, sin que medien para su practica las ordinarias pasiones de parentesco, amistad, y otros respetos, Yo así lo deseo: pero

DIOS SOBRE TODO.



MÉJICO, 1820.

En la imprenta de D. Alejandro Valdes.